

Monterroso, ¿está ahí?

Carlos Chimal*

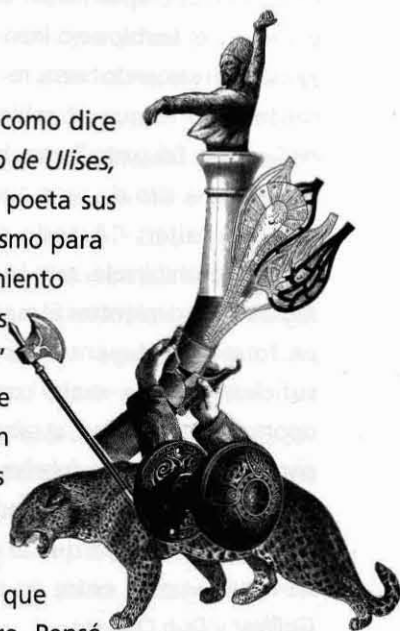
Un martes de 1974, después de las lluvias, fui a buscar oro. Y lo encontré en forma de chaneque, entre una docena de libros incunables, puestos ahí, con su propia mano, por Alfonso Reyes. Los libros hablaban de la historia de las palabras, del conflicto entre las palabras, de la tensión entre el sentimiento y el estilo que surgía en quienes las usaban para mostrar, entre otras cosas, cómo habían vivido y muerto por ellas. Estaba solo frente a la inmensidad del conocimiento almacenado en esa capilla Alfonsina, a punto de empezar a digerirlo con ayuda de las píldoras del doctor Monterroso.

Nunca lo había visto, excepto en el montaje fotográfico de Eduardo Torres (¡dos chaneques, dos Monterrosos, mirándose de frente!), que aparece en la cuarta de forros de *La oveja negra y demás fábulas*, y luego en la fotografía de Paulina Lavista para *Movimiento perpetuo*, los dos libros publicados por Joaquín Mortiz. Sabía que estaba a punto de conocer al Garrincha de las letras y el corazón me latía como cuando me aprestaba a taclear al corredor enemigo. Entonces pensé que nunca sería un mono hispanoamericano, esa especie que se expresa por escrito, como él la había caracterizado en *Movimiento perpetuo*, si en ese momento me salía de ese sitio con la cola entre las patas; si no mostraba las agallas (y el talento y la pericia) suficientes para encontrar lo que tenía que decir dentro del cómo que el expedicionario Monterroso estaba a punto de proponernos, cada martes, a la misma hora y en el mismo lugar, durante el año siguiente. Había que taclear a la mala literatura, al adjetivo empleado con exceso. Había que limpiar el campo de tramas ficticias y diálogos insulsos.

Esto era así porque, como dice W. B. Yeats en *El retorno de Ulises*, mientras más carga un poeta sus versos (y esto vale lo mismo para el narrador) de conocimiento heterógeneo y análisis irrelevante, y "purifica" su mente con un arte retorcido, menos reflejan sus pequeños y rítmicos rituales el gran aquellor de la naturaleza. En ese momento escuché que alguien hojeaba un libro. Pensé que era él, nuestro tutor, que ya esperaba impaciente a los nuevos alumnos, tres becarios de cuento por el INBA. Entonces pregunté: "Monterroso, ¿está ahí?"

Años más tarde, él escribió: "En otro tiempo, todavía rodeado por los viejos volúmenes, me tocó dirigir en ella (la capilla Alfonsina) un taller de cuento, más bien de teoría literaria con el pretexto del cuento, y una vez por semana, como a las once de la mañana, acudía allí a enseñar algo que yo necesitaba aprender, lo que no dejaba de atormentarme los seis días anteriores" (*La letra e*, ERA, 1987).

Él vivía atormentado seis días y nosotros, al borde del diván. Para mí eran suficientes las bestialidades de los entrenamientos cotidianos. No necesitaba de un sicoanalista para zarandearme aún más y decirme todas las mañanas, frente a la página en blanco o, peor aún, salpicada de insensateces: "¡Despierta, pequeño hombrecito!" Las píldoras del doctor Monterroso eran amargas y eficaces, pues estaban preparadas con la raíz de una planta poco común: *rigor literario*.



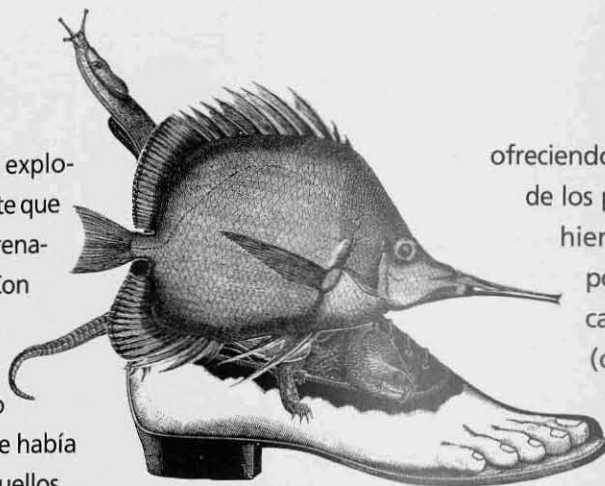
* Novelista y ensayista científico

La estrategia de *Tito*, el explorador, no era menos extenuante que las tres horas diarias de entrenamiento en el emparrillado. Con el casco y el barbiquejo bien ajustados, mascando tierra, recordaba yo lo que el sabio de San Blas, Eduardo Torres, le había confesado a *Tito* durante aquellos días del taller: "A todo poeta debería prohibírsele, por ley o decreto, publicar un segundo libro mientras él mismo no lograra demostrar en forma concluyente que su primer libro era lo suficientemente malo como para merecer otra oportunidad". Aun así, al cabo de las primeras semanas parecíamos enanitos febriles empeñados en merecer otra oportunidad, desesperados por mantener atado a un hombre inmenso que se despertaba, cada martes de cada semana, entre las páginas de los *Viajes de Gulliver* y *Don Quijote*.

Mi interés por los desafíos se vio renovado cuando un día de aquéllos nos enteramos de que él, junto con Juan José Arreola y otros escritores, habían instituido, allá por 1950, un premio de 25 pesos, moneda nacional, para quien fuese capaz de leer *El proceso* y de demostrarlo; o de releer las aventuras del joven Karl Rossman en *América* (las favoritas de *Tito*). También supimos de sus juegos con la obra más importante del siglo xx: *Finnegan's Wake*, de James Joyce, en los cuales participaban Salvador Elizondo y Ernesto de la Peña, entre otros.

Estaba claro que algunos de sus alumnos no dudaríamos en lanzarnos al peligro y la aventura sin preocuparnos de las consecuencias. Entonces nos habló de los tres grados antes de empezar la fiebre y el periodo "convulsivo": no publicar, no escribir, no pensar. Luego hizo la cara de chaneque travieso que ponía cuando iba a decir una verdad balística: "Acuérdense de que también existen los que recorren este camino en sentido contrario: no pensar, escribir, publicar".

Durante ese año *Tito* realizó un legendario viaje junto con sus amigos Juan Rulfo y Julio Cortázar,



ofreciendo memorables lecturas a través de los países "detrás de la cortina de hierro". Nos deprimimos mucho por su ausencia, como el rayo que cayó dos veces en el mismo sitio (citado en *La oveja negra* y demás fábulas). Deseábamos con fervor que, cuando regresara y leyera nuestras historias abstrusas, al menos

reconociera nuestro esfuerzo por ser ranas auténticas. Queríamos que estuviera orgulloso de que, cuando llegara el momento de que nos arrancaran las ancas, el sabor de nuestra carne fuera inconfundiblemente de rana, no de pollo.

Para probar nuestra templanza batracia, nos presentó con Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez, Alejo Carpentier, Juan José Arreola, José Durand. Antes de darnos el certificado de autenticidad de ranas de zarzal, tuvimos que aprender a leer a Tito Lucrecio Caro, Catulo, Propertio, Ovidio, Virgilio, Dante, Cervantes, Swift, Keats, Kafka, Proust, Mann, Stein, Pirandello, Chéjov, Eliot, Pound, Shaw; a entender el significado de *Bartleby* y la humanidad detrás de él.

Un martes, alguno de nosotros le preguntó cómo hacer para ampliar nuestros horizontes literarios. Soñábamos con ser escritores de tiempo completo. *Tito* contestó algo así como: "Si están de acuerdo conmigo que el día tiene 16 horas útiles, les aconsejo que dediquen 12 a leer, dos a pensar y las dos restantes a no escribir, a no hacer nada".

Éramos el vivo retrato del artista adolescente, arrogante y avispado, y apenas esperamos el remate antes de abuchearlo. "Con el paso de los años", continuó, "procuren invertir ese orden, y entonces dediquen las dos horas para pensar a no hacer nada, pues con el tiempo habrán pensado tanto que su problema consistirá en deshacerse de lo pensado. También procuren agregar las dos horas de no hacer nada a las 12 de lectura, de manera que se conviertan en 14." Casi abandonamos el taller ese día. No había manera de pegarle a la novena monte-

roseana; Tito había bateado un nuevo cuadrangular sin herir una sola de las piezas y objetos que poblaban el pequeño museo que era entonces esa casa.

Cuando me gané el boleto para ausentarme del mundo bizarro todos los martes de un año escolar y sumergirme en el mundo fantástico de la capilla Alfonsina, cursaba yo el tercer grado de química farmacéutica y el segundo de letras hispánicas, ambas en la UNAM. Entonces le comuniqué a Tito, con orgullo, que gracias a él desertaría de toda academia vana y me dedicaría a escribir, día y noche. Me miró, compasivo, y me respondió: "Vas a cometer un grave error", pues ¿de qué iba a escribir dentro de no digamos ya unos años, sino en unos pocos meses? ¿Cómo habría de caracterizar a un profesionalista de la química, sin conocerlo? Ocultándome del mundo no sabría lo que significa ser un marinero ni un empleado de banco ni una ama de casa. Por otra parte, ¿realmente había profundizado en la academia? ¿Era ciertamente vana o se trataba de una ilusión pueril, producto de un exhibicionismo galopante? Enumeró las tres fuentes de las que se alimenta la literatura: libros, conversaciones y viajes. Había que leer de todo y vivir con intención, so pena de convertirse en gráfomano en busca de tema.

Otro martes nos advirtió que, por lo general, en el corazón de los escritores se alimentaba un sentimiento de inferioridad, pues siempre tenían la sensación de que el mundo de la literatura les quedaba grande; eran inseguros y, por tanto, envidiosos y susceptibles. Los elogios los atemorizaban y las críticas los sumían en la dulce mezcla del odio y la venganza (ridiculizar al crítico en una próxima novela, seducir a su novia), aunque al final se olvidaran de todo y se quedaran con el elogio resonando en sus oídos como una música, hasta su próxima aparición en público.

Agradecemos su franqueza y salimos al mundo. Fuimos a viajar, físicamente o con la imaginación. Años

después conocimos a su eterna compañera, la escritora Bárbara Jacobs. Visitarlos en el barrio de Chimalistac siempre fue un acontecimiento en mi vida. Juntos soñamos no sólo con bibliotecas de aula, sino con bibliotecas de celda, de mazmorra, de atarjea. Siempre acompañados con una infusión de yerbas frescas del jardín de la casa, repasábamos los mundos de Raimundo Lulio, Galileo y sus anagramas, Darwin y su estilo peculiar, Robert Herrick y su poesía natural, Samuel Pepys y su diario cifrado y develado; meditábamos sobre un palo de escoba y la cuestión irlandesa, por deferencia al deán de San Patricio en Dublín, séptimo hijo del reverendo Thomas Swift. Nos reíamos porque, lejos de ser Tito un roquero y artista heterodoxo del *underground*, un texto suyo había sido elegido por Yoko Ono para ser incluido en el libro en memoria de John Lennon, junto con otros de los más ilustres e imaginativos escritores del siglo xx.

Como hombre de letras, como universitario, Tito fue nuestro héroe. Un buscador de oro que dominó la literatura en movimiento y enseñó a otros a expresarse con economía y pulcritud.

El domingo nueve de febrero de 2003, casi 30 años después de haberlo conocido, caminé por el empedrado de Chimalistac siguiendo al sol en su ocaso. Ese día se rompía por primera vez un invierno crudo y miserable, dispuesto a arrebatarnos a toda niña, joven y adulto que osara atravesarse en su camino. Me acerqué a la casa de Bárbara y Tito. Nadie acudió a abrir, puesto que no toqué el timbre. Ya no habría, por ahora, más píldoras del doctor Monterroso. Regresé sobre mis pasos, tristes e inciertos, y me senté en una banca, sintiéndome de pronto jirafa, llorando y riendo, contento y enojado, comprendiendo que todo era relativo, excepto el pasado, y ése nos pertenecía a Tito, a Bárbara y a todos los que lo conocimos y llegamos a querer. Luego me levanté y me puse a caminar con las últimas líneas del sol a mis espaldas. ◀



Ilustración: Ludwig Zeller, Chile